

Primavera

El sol abribeño
como una delicia
de Capua, nos manda
la suave caricia
de su calorcillo
vivaz y sedante:
la Naturaleza
recibe a su amante.

* * *

Zumban los insectos
sobre las corolas,
construyen los pájaros
cómodas chavolas;
saltan los gazapos,
y por entre guijas
huyen las cobardes,
listas lagartijas.

* * *

Un rojo cerdito
de cobre bruñido
inmóvil dormita,
cuan largo, tendido;

las brevas apuntan
sus tallas gigantes,
y los arroyuelos
cantan rebosantes.

* * *

No hay nubes, ni sombras
azul es el cielo,
por él las cigüeñas
remontan su vuelo;
estallan las yemas,
reventan botones
y llora la savia
gruesos lagrimones.

* * *

¡Oh, paz y dulzura!
¿Dónde las riquezas,
negocios, honores,
cargos y proezas?
¡Todo, todo a cambio
de una placentera
tarde rumorosa
de la primavera!

EUGENIO PAYO

EVOCACIONES BIBLICAS

LA HISTORIA DE HERODIAS Y SAN JUAN

Por MANUEL TERRON ALBARRAN

I

DESIERTOS de Ziph, de Maón y de Tehcué; tierra seca y áspera como un eremita, montes abruptos, peñascos torvos y gesticulantes como buitres milenarios, escarpas bravías; sicomoros, encinas raídas, matas de sidra de garfios de hierro que rasguñan la carne flaca de los anacoretas; tierra dura, ascética, fiera, lacerante...

Allí vivía Juan, el hijo de Zacarías y de Isabel, y se fortalecía y preparaba su misión de Precursor...

Una mañana del mes de Ijar, cuando las zarzamoras florecen y el lirio de los valles abre su cáliz como una rosa litúrgica, Juan bajó a un hontanar que dormía su linfa secular, limpia, remansada, entre las raíces desnudas de un viejo cabrahigo. Juan estuvo contemplándola, y sintió como una delicia de niño al verla tan quietecita, tan virgen; tuvo miedo de turbar su sueño azul. Y sentía llegar a sus oídos, foscos y huraños, aquel sollozo de cristal sobre las piedras, aquel desmayo sonoro en su callada soledad. Se acercó, y bebió del agua primitiva comunicada de hondo sosiego, penetrada de claridad de luz y silencio de remansos. Y sintió como si un chorro de plata le calase finamente, profundamente. Y le llegaba la palpitación fría de las hojas del cabrahigo que hacían de los más puros bernecales...

Luego, cuando volvió a remansar, vió sobre el azul, su rostro, su cuerpo, su figura. Y se acercó más a ella. Y contempló su carne seca como un pergamino crujiente, sus fauces hundidas, su barba y su cabellera hirsuta, negra, de una dureza de esparto. Y habló, y su voz era cavernosa, profunda, como si saliera del hueco de una caracola.

Miraba las raíces de la higuera bravía retorcidas espantosamente como brazos de pulpos milenarios. Aquellas raíces le daban toda su fortaleza. También él parecía una vieja raíz. Con el puño cerrado se golpeó el pecho y resonó todo él como un eco cóncavo y profundo. Miró al cielo; sí, él estaba fuerte, como aquellas raíces que chupaban el jugo de la tierra, a él le venía la savia de la gracia. Pronto empezaría su misión.

... Y tornó a la montaña. Vestía una faja de piel de camello raída, desollada. Comía langostas. La langosta terrosa del desierto, de élitros abiertos como abanicos de cristales irisados, de músculos duros, de sierra de zancas; dice el Libro Eclesiástico que Yavhé «como turbiones de aves hace volar la nieve que se posa en la tierra como la langosta». La miel virgen y pura, la miel silvestre endulzaba sus